

del Carmen Palomares y José Joaquín Jerez. Sólo una palabra de bienvenida a los últimos. A Carmen Palomares, siempre inteligentemente activa y atenta a los movimientos del enemigo. A José Joaquín Jerez, revelación de las jornadas, y del que esperamos mucho en el futuro.

El rezo del Santo Rosario y la participación en el Santo Sacrificio de la Misa, como siempre, pusieron a los congresistas delante de la «mejor parte». Gracias, pues, a los sacerdotes amigos que nos asistieron en este orden: al padre Agustín Arredondo, de la Compañía de Jesús, nuestro fidelísimo consiliario; a fray Victorino Rodríguez, de la Orden de Predicadores, maestro de teólogos y filósofos, siempre presto a auxiliarnos; al padre Manuel Martínez Cano, venido desde Barcelona con sacrificio y siempre con alegría; a los padres cooperadores que quisieron unirse a nosotros en algunos de los actos. Como colofón, reproducimos las palabras pronunciadas por el padre Victorino Rodríguez en la bendición con el Santísimo que siempre cierra nuestras reuniones.

M. A.

## ESPLENDORES DE VERDAD

*(Acto litúrgico final de la XXXV Reunión de Amigos de la Ciudad Católica)*

Señor, ¡qué bien se está aquí!, podemos repetir con San Pedro en el monte Tabor, cuando una nube luminosa (símbolo del Espíritu Santo) los envolvió, y el Padre dejó oír su voz dirigida al Hijo. ¡Escuchadle! Pluralidad Trinitaria abriéndose a los tres Apóstoles, en comunión con Cristo.

Gracias, Señor, porque estos días La Ciudad Católica, nos ha confortado, una vez más, con los esplendores de la verdad, que esta vez se nos presentó en su unidad y multiplicidad.

Sí, Señor, sabemos que Tú eres simplicísimo en unidad de esencia y pluralidad de Personas, y que te haces participar sobrenaturalmente por la gracia y demás dones sobrenaturales en nuestro ser complejo

de seres racionales, libres, responsables, peregrinos por los caminos de las bienaventuranzas hacia el bien común trascendente que eres Tú.

Gracias, Señor, por habernos garantizado que el camino para esta vida eterna es tu Verdad plasmada en los preceptos divinos y naturales, universalmente válidos y unívocos, como unívoca es la fe católica, *una fides*.

Sabemos muy bien, Señor, que la doctrina católica, tanto a nivel teológico, como metafísico, ético-político y científico, es infinitamente plural, pero integral e integradora, no equívoca o escéptica. Ni monismo igualitario ni pluralismo disgregador.

Somos conscientes del apetito natural y universal de verdad y de bien y de la capacidad natural o sobrenatural para su posesión cierta y segura, frente a las volubles o frívolas actitudes agnósticas, arracionales, existencialistas, neopositivas, modernistas o posmodernistas. En versión tomista, la verdad cierta, como *adaequatio intellectus et rei*, está tan lejos del equivocismo agnóstico o escéptico como del reductivismo univocista y opaco a la trascendencia de la Verdad y del Bien.

Profesamos una teología de certezas a conciencia de que no todo en teología es cierto; profesamos una ética de valores universales indubitables frente al amoralismo reinante, que ni es unitario ni pluralista, sino nihilista; y a los demás sistemas de moralidad, bien hedonistas o utilitaristas, bien igualitaristas, libertistas o anarquistas.

Como admitimos el valor unitario de la persona y de su dignidad, con su multiplicidad de facultades, de funciones individuales y sociales, igualmente admitimos la multiplicidad de gracias de Cristo y la inmensa variedad de bienes, todo ello en perfecta armonía o integración perfectiva, *bonum ex integra causa*, en orden al bien común inmanente y trascendente. No se trata de pluralidades cerradas, soberanas y exclusivistas, sino comunicables y complementarias.

La sociedad, las asociaciones y los bienes sociales entrañan ciertamente variadísimas pluralidades, integradas o integrables en una unidad superior, con vértice en Dios Uno, fuente y término de todo bien, principio esplendente de toda verdad, por más que las tinieblas se empeñen en apagarla, como decía San Juan.

Como del adjetivo *uno* derivan semánticamente *unidad* y *unitarismo*, del adjetivo *plural* resultan *pluralidad* y *pluralismo*, formas abstractas, más o menos reductivistas y absolutizadoras, que se han de utilizar con discernimiento. La pluralidad puede significar unidad de composición, que es el orden, que es justamente *parium dispariumque dispositio* (S. Agustín). Repetimos con San Pablo: «todas las cosas son vuestras; vosotros de Cristo, y Cristo de Dios».

Consérvanos, Señor, en la unidad de la fe y en el vínculo de la perfección, que es la caridad; y enséñanos a relativizar, a no absolutizar, de cara a Dios, como nos indica el evangelio de hoy (Mt 23, 8-12) nuestro magisterio, nuestra paternidad o nuestro poder, de los que somos administradores responsables, no dueños absolutos. Pluralidad avocada a la unidad; unidad difundida en multiplicidad.

VICTORINO RODRÍGUEZ, O. P.